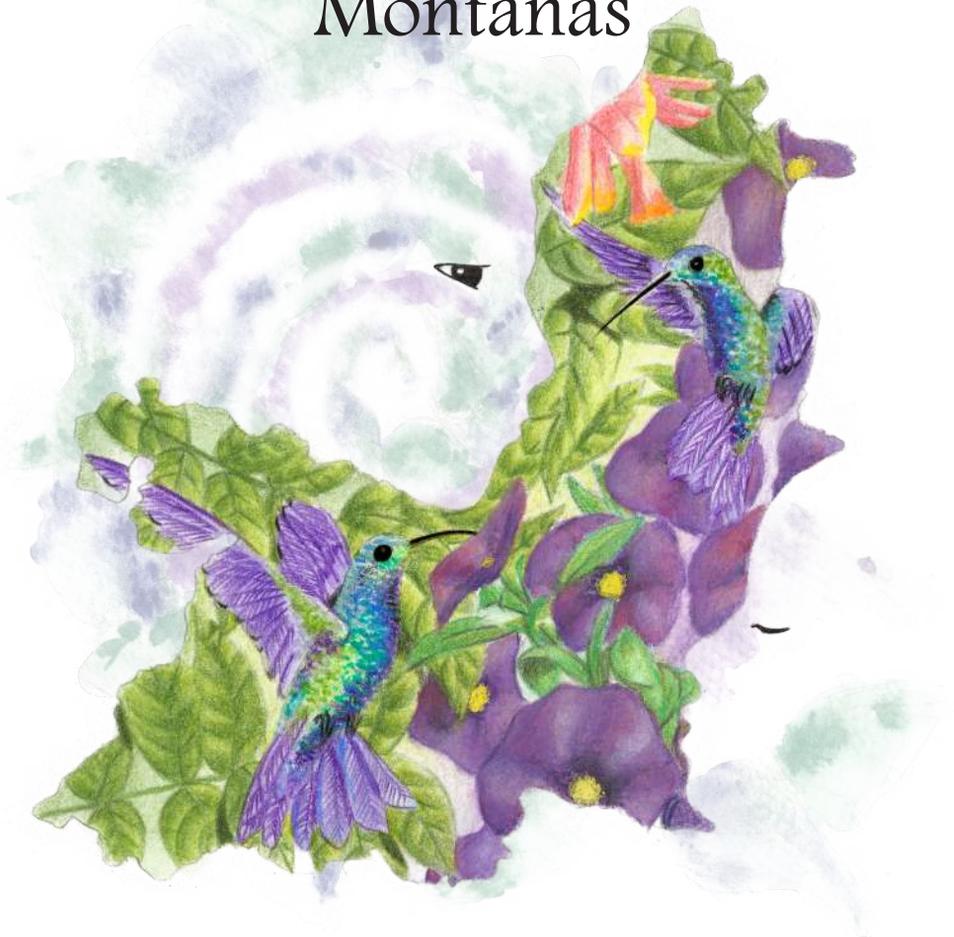


El Lenguaje
de un RÍO entre
Montañas





“El lenguaje de un río entre montañas”

©Fundación Proterra, 2020
Sandra Paola Ángel Moreno, 2020

Coautores

María Alejandra Cely Gómez
Mitchel Nicolás Zuluaga Quintero
María José Hernández Gallego

Producción Editorial

Carlos David Quintero, *por ilustraciones*
Andrea Ariza Bravo, *por maquetación*
María Fernanda Romero, *por diseño editorial*

ISBN 978-958-52797-7-3
Depósito legal DD-002574

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, sin autorización de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impreso por *Gurú Publicidad y Diseño*
Calle 64 D #68G-23 - Bogotá - Colombia
www.gurupublicidad.com.co
Impreso en Colombia

Tipografía utilizada: Familia Footlight

Tejedores de Vida: *Una apuesta de educación para la paz y la reconciliación desde las nuevas generaciones.*

Proyecto implementado junto con Xochicuicatl e.V, el Servicio Jesuita a Refugiados-Colombia, la Asociación Colombiana de Colegios Jesuitas-Acodesi. Con el apoyo de CIM y la Unión Europea en Colombia.



Apoyado por:



Centro para la Migración Internacional y el Desarrollo
un grupo de trabajo formado por la IIZ y la Agencia Federal de Empleo alemana



*Cuento narrado a dos voces

El Lenguaje de un Río entre Montañas

Cuando desperté, me di cuenta de que él seguía allí. Seguramente no había dormido en toda la noche, pues a su lado había una jarra de café casi vacía. Supuse que había hecho guardia mientras yo procuraba descansar, aunque en realidad no lo logré. El miedo me perseguía en los sueños y no había nada que pudiera hacer para librarme de él. Procuré incorporarme rápidamente, pero el dolor de mi cuerpo cansado me lo impidió. Fue allí cuando empecé a recordar lo que había pasado la noche anterior, y de nuevo, el miedo volvió a abrazarme.



-¿Habías escuchado el río rugir tan fuerte como ahora? - me preguntó él mientras se aproximaba con un taza de café.

- Jamás. Este aguacero no para y el río va a acabar desbordándose de nuevo. Si eso ocurre, se llevará todo con él, si es que la montaña no se viene abajo primero - respondí preocupada. - Sería una desgracia si vuelve a ocurrir lo de *Bendiciones*-.

El recuerdo de aquella avalancha se vino a mi memoria inmediatamente y sentí mucho miedo. Mi abuela se había ido con la montaña y después de ese día yo sólo quise irme a otro lugar. Lejos de aquí, tal vez a *Cali*, pues allá no correría ese riesgo. Además, habría más trabajo, lo que me daría la facilidad de estudiar pedagogía, que siempre había sido mi sueño, ser profesora. Sin embargo, aquí seguía. Me faltaba un año para graduarme del colegio y me había enamorado. Pero ahora que todo esto estaba sucediendo, no sabía qué sería de mi futuro, sólo esperaba que esta angustia fuera pasajera y todo volviera a la normalidad.

-¿En qué piensas? - Me interrumpió él con delicadeza.

-En aquella época- comenté mientras sentía cómo mis ojos se hacían agua de repente. Fue como si la tierra se comiera las casas, la gente y todo lo que llevaban con ellos. Cómo si se perdiera un pedazo de historia entre ese entierro. Sufrimos tanto... - suspiré.

Muchos perdimos familiares y quedamos completamente a la deriva, conservando únicamente lo que llevábamos puesto. Todo lo demás se había hecho lodo, hasta los sueños. Y miranos aquí, huyendo de nuevo. De la guerra, y como si fuera poco, también del agua. ¿¡No te parece una locura estar huyendo del agua!?

-No huimos del agua, Paola. Esta furia no es su culpa, como tampoco lo fue la avalancha que se llevó a tu abuela. Ha sido el olvido y las decisiones de las personas lo que atenta contra la vida. El agua sólo sigue su cauce y nos recuerda a su paso lo que hemos hecho con ella. -Dijo él enfadado. -¡Míralo! ¿Por qué un río lleva consigo tanta basura? ¡Razón tiene él en estar en contra del olvido! Es una señal de la madre tierra.

-Es cierto, pero... ¿Qué me dices de esos hombres que nos persiguen, a ti, a mi y quién sabe a cuántos otros? ¿Qué me dices de que hayas pasado la noche entera en vigilia, atento a su llegada, después de que nos persiguieran con armas dispuestos a lo peor? ¿Qué haremos con el miedo, Juan? ¿Qué haremos con este estallido de silencios, con las amenazas y con las angustias que nos quitan el sueño y no nos dejan salir a jugar en paz en noches de luna llena?

-Ser fuertes - respondió fulminante.

-Hace años, mi pueblo vino caminando desde tierras lejanas, con la esperanza entre las manos después de tener que abandonar sus cosechas. Llegaron a este lugar con el cansancio a flor de piel y aquí echaron raíces. Y hoy siguen luchando. Más bien, seguimos, porque somos uno. Y eso es lo que nos mantiene fuertes. No podemos rendirnos. Sabemos que nos persiguen porque los nuestros defienden la tierra, los bosques, los ríos y la vida misma. Y así como el río ruga furioso ante el olvido, nosotros doblamos las fuerzas ante la guerra de otros que han decidido acabar con lo que nos queda, empezando por los sueños-

Guardé silencio por un momento mientras sus palabras me retumbaban en la mente. No conocía muy bien la historia de su llegada a este Valle, como tampoco él conocía mucho de mi pasado. Lo cierto es que ambos teníamos en nuestra sangre una historia de despojo que ninguno estaba dispuesto a olvidar. Al mismo tiempo, sus palabras me recordaban a la huelga que muchos tuvimos que hacer para que construyeran nuestras viviendas después del derrumbe, a pesar del cansancio y la desesperanza que nos comenzaba a inundar. Al final, el nombre *Nueva Esperanza* terminó siendo un símbolo de la lucha que, como los padres y los abuelos de Juan, habíamos protagonizado uniéndonos para un propósito colectivo.

-Nuestra historia se parece mucho más de lo que creemos, pero...ser fuertes en estos tiempos es mucho más difícil ¿No crees? No sólo la guerra nos desplaza, sino esta falta de oportunidades que deja el campo a la deriva y nos lleva hacia el gran monstruo. Ya ninguno de mis amigos desea quedarse por aquí a hacer futuro. Todos quieren echar camino hacia la ciudad. ¡Hasta yo misma lo he pensado! Mi tío dice que es una política del despojo la que nos quiere sacar de acá, pues los de afuera saben de la riqueza que esconde esta selva. ¡Pero yo ya no sé cómo resistir! - Comenté exaltada.

- No se trata sólo de resistir, Paola. Sino de persistir, de crear, de imaginar y proponer otros mundos que sí son posibles. No sólo las balas nos matan, también la desesperanza. ¡No podemos permitir que hagan de estas montañas otra selva de cemento! - Me dijo con entusiasmo. Ven conmigo, te quiero mostrar algo.

Me condujo fuera de la casa tomándome de la mano mientras yo lo miraba extrañada. Con apenas 18 años, Juan a veces actuaba con el carácter de su padre o su abuelo. Caminaba sin miedo y sin chistar. Con su mochila delante daba pasos seguros y agigantados. Tenía ojos rasgados, piel morena, cabello lacio y oscuro y era un poco más alto que yo. Pero desde que lo conocí, fue su mirada lo que me atrajo inmediatamente. Profunda, sonriente y curiosa. Había un destello de coquetería en ella, no puedo negarlo. Pero no fue eso lo que me cautivó, sino darme cuenta de que en sus ojos había muchas miradas, era como el rostro de un pueblo, si es que así puede llamársele. Jamás había visto una mirada como la suya, tan llena de misterios. De repente, me di cuenta de que nos dirigíamos hacia el río.

-¿Qué haces? ¡No podemos acercarnos! - grité.

-Confía en mi - dijo mirándome fijamente, lo que me bastó para calmarme.



Al llegar a la orilla, puso su mano en mi hombro y me dijo:

-Cierra los ojos, Paola. Vamos a hablar con el río. ¿Sabes? Mis ancestros solían decir que el *Dagua* antes era un gigante. Pero no por la lluvia, sino por sus aguas crecidas que antes de las dragas para sacar el oro, los oleoductos y la construcción de la doble calzada, fluían abundantes por este valle.

-Sí, mi abuelo me contó que era navegable, antes del ferrocarril, claramente. Subían y bajaban chalupas y la gente pescaba bocachico, mojarras y otros pescados que ya nunca vemos por ahí -

Repuse algo impaciente, pues no podía esconder la intriga que me producían sus palabras.

-Todo cambió en el río. El color del agua, el olor que dejaba a su paso y las vidas que llevaba consigo, que ahora ya no están. El oro negro y dorado junto al cemento terminaron acabando con el río. Y ahora... ¡Ahora hay quienes lo ven como una amenaza! ¡Si la amenaza siempre ha sido otra! - suspiró. -En fin... ¿Tienes los ojos cerrados? - preguntó.

-Si, los tengo cerrados. ¿Qué hago ahora?- indagué.

-Silencio- dijo contundente.

Me quedé callada para poder escuchar la montaña. Sentí como si yo misma fuera la selva, y mi piel, el ramaje tupido del húmedo bosque. En ese instante, recordé una de las historias de Juan sobre sus ancestros que hablaban con la selva. No es que no le creyera, pero me resultaba difícil pensar en aquellos caminantes que sabían escuchar al río, a las piedras y a los árboles. Me parecía que hablaba de seres de otro mundo.

Pasaron unos minutos en quietud absoluta, hasta que Juan volvió a hablar, pero esta vez ya no se dirigía a mí.

-Casi nunca te escuchamos, ocupados en nuestros quehaceres y ensismados en nuestras preocupaciones. ¿Qué tienes por decirnos, agüita? Todavía hay vida en ti, lo sabemos. Decía mi abuela que los árboles lloraban y los ríos bramaban porque estaban llenos de vida, pero también de furia, pues sus cuerpos fueron amputados en medio de campos

de batallas movidos por la avaricia, sus corrientes contaminadas con sangre negra vertida en sus venas y su magnificencia reducida a un murmullo quebradizo y leve que nadie quiso escuchar. Por eso, andas enfurecida por estos lares, queriendo ser oída tras sobrevivir a una guerra que alteró tus cauces y truncó tus caminos, creyéndote dócil y mansa. Pero agüita, de donde yo vengo, la gente dice que los ríos son vida y memoria, y muchos oriundos de por aquí dicen que tú eres grandeza, riqueza y alimento. Y aunque hay quienes te miran desde arriba, y tienen planes salvajes en tu contra, nosotros sabemos que venimos de ti, y que sin ti no seremos nadie-.

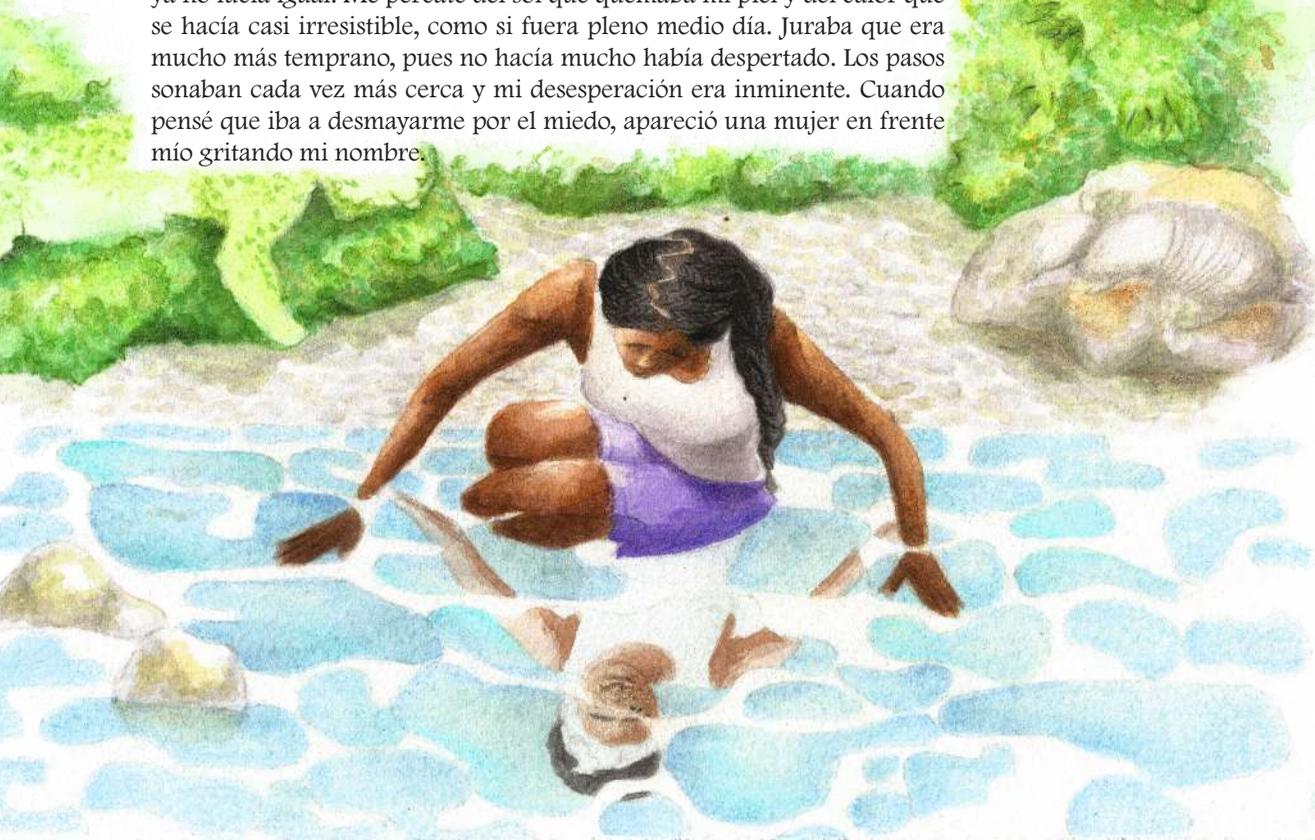
En ese momento me sentí tan frágil y sensible a la vez, percibía mi cuerpo diferente y todos mis sentidos se agudizaron, como si estar allí me permitiera estar más dentro de mí misma que nunca. Percibía los olores con mayor intensidad y todos los sonidos retumbaban al tiempo en mis oídos; el oleaje de las ramas del yarumo, el gualanday, el sande, el guayacán y otros tantos árboles que habían sobrevivido a la tala para convertirse en cartón, se hacía fuerte gracias al mismo viento que rozaba mi rostro.

La humedad del ambiente chocaba con mi piel y el olor a frutales maduros parecía inundarlo todo: limones, naranjas, chontaduros, lulos, borajó, papayas y bananos avisaban su olor y me recorrían todo el cuerpo, transportándome a recuerdos de niña en los que me metía bosque adentro a jugar a las escondidas con mis tres hermanas.

Las aves cantaban en lo alto de los árboles y las chicharras acompañaban en coro la melodía de la selva. En ese momento fui muy feliz. Escuché un ruido que no logré identificar, y sin abrir los ojos afiné el oído creyendo que podría tratarse de un animal de monte. Una guagua, un guatín o incluso una nutria, aunque ya no se les veía muy de seguido por aquí

abajo, porque todo el mundo quería cazarlas. Volví a escucharlo, pero esta vez fue muy claro que se trataba de unos pasos. Se me heló la piel pensando lo peor. Abrí los ojos y busqué de inmediato a Juan, pero él ya no estaba. Se me aceleró el pulso e intenté contener el llanto.

Busqué calmarme y al voltear la mirada hacia el río me di cuenta de que ya no lucía igual. Me percaté del sol que quemaba mi piel y del calor que se hacía casi irresistible, como si fuera pleno medio día. Juraba que era mucho más temprano, pues no hacía mucho había despertado. Los pasos sonaban cada vez más cerca y mi desesperación era inminente. Cuando pensé que iba a desmayarme por el miedo, apareció una mujer en frente mío gritando mi nombre.



-¡Paola! ¿Por qué no me contesta? Llevo llamándola un buen rato. Al menos hubiera avisado que iba a meterse al río para bajar con usted y meternos juntas.-

Dijo en un tono de burla que pude reconocer, aunque era la primera vez que veía a aquella mujer en mi vida.

-¡Paola! ¿Qué le pasa? Parece que hubiera visto un fantasma. Espéreme un momentico yo subo y me cambio para meterme con usted. Está haciendo un calor insoportable- me dijo sonriendo.

¿Meterse al río? Si hacía mucho tiempo eso había dejado de ser una opción. Si queríamos bañarnos teníamos que ir a la quebrada *La Delfina* o algunos de esos charcos que había por los tubos, donde turistas de lugares cercanos también venían a bañarse, pero el río era una locura; los rastros de mercurio, petróleo o la contaminación por tanta basura que la gente botaba a estas aguas nos ocasionaban manchas en la piel, era desagradable. Aquella mujer tendría que estar bromeando, y yo, alucinando, hace menos de cinco minutos estaba allí con Juan a mi lado, escapando de unos hombres armados que hace noches estaban detrás de nosotros y habían amenazado al pueblo entero si no dejábamos entrar a una empresa que quería talar toda la zona de reserva en la que vivíamos. Esto era absurdo.

-¡Estoy lista!-

Dijo aquella mujer mientras venía corriendo hacia mí. Antes de que yo pudiera responder algo, ella ya estaba zambulléndose en el agua e invitándome a bañarme con ella. No supe muy bien qué hacer. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, pero algo me dijo que entrara al agua con aquella desconocida y me dejara llevar. Así que accedí y me metí al río.

El agua se sentía fría y acogedora a la vez. Me preguntaba en dónde estaba, porque, aunque el lugar lucía como mi casa, nada de eso era posible.

- ¡Hace mucho calor! Menos mal tenemos el río al lado de la casa. ¿Se imagina no tener un lugar para bañarse así de rico en medio de este calor? -

Dijo ella sonriente, en su rostro había tanta alegría, que logró hacerme olvidar por un instante de toda esta locura.

-No me imagino mi vida sin el río. Mire a su alrededor, tenemos agua, una tierrita en la que sembramos lo que queremos comer, no le debemos nada a nadie, y hay tiempo libre para nadar y hasta para bailar. Esto sí que es paz.

-¿No corremos ningún peligro?- Pregunté suavemente, siguiendo el hilo de su conversación.

-¡Ja! ¿Peligro? Hace mucho dejamos de sentir miedo, Paola. No hay tierra más tranquila que esta. Nos la merecemos por tanto dolor que tuvimos que pasar. Pero lo logramos, aunque muchos dudaran de nosotros. Recuperamos la esperanza y nos juntamos para revivir el río ¿Se acuerda?- Dijo entre risas.

-No mucho- Respondí confundida.

En ese instante, decidí meter la cabeza en el agua y dejar de pensar por un momento. No comprendía nada de lo que estaba pasando. Sólo quería cerrar los ojos y sentirme debajo de la corriente del río. Disfrutar por un momento de algo que tal vez no se iba a repetir jamás. De repente sentí unos sacudones en el hombro y abrí los ojos. Era Juan.

-¡Paola! ¡Paola reacciona! Tenemos que irnos.- Dije con desespero.

Había pasado un rato desde que una ráfaga de viento alborotó los árboles junto a fuertes relámpagos que el aguacero trajo consigo, amenazando con volverse más fuerte. Paola continuaba con los ojos cerrados y yo comencé a asustarme. Había ido allí porque quería hablar con el río. Mi abuelo dice que nuestra lengua nos permite hablar con los espíritus de la naturaleza y entender lo que nos dicen. Y desde que me ha venido enseñando, yo hablo con el río cada vez que puedo, aunque Paola no conoce mi lengua, ella y su cuerpo están muy conectados con el bosque, por eso pensé que el río le hablaría también y ella sabría escucharlo.

-¿Qué sucede? - Me dijo ella consternada.

Abrió sus enormes ojos y empezó a mirar hacia todos los lados como si buscara algo.

-Que tenemos que irnos. La lluvia no para y algo me dice que esos hombres están cerca. Es mejor ir hacia arriba. Seguro que allá es más difícil que nos vean-

Le dije mientras la tomaba de la mano y nos dirigíamos hacia la vía. Planeaba pedirle ayuda a alguien para que nos llevara a *Buenaventura*, o a cualquier lugar seguro.

En el camino, Paola parecía confundida y extraviada. No dijo una sola palabra hasta que llegamos a la carretera. Allí rompió su silencio.

-Creo que el río me habló, pero fue muy extraño.

-¿Qué dices?- pregunté sorprendido.

-Vi una mujer y me vi a mí misma en otro tiempo. El río estaba más vivo que nunca, me zambullía en él y me sumergía en su agua fría y dulce. Ocurrió mientras estaba contigo en la orilla. Me dejé llevar y luego apareció ella. Nunca la había visto, pero me habló del miedo, de una juntanza y de la paz. No supe a qué se refería, pero ella parecía conocerme. Me habló con tanta familiaridad-.

-¿Por qué dices que parecía conocerte? -pregunté intrigado.

-Porque mencionó mi nombre varias veces. Me invitó a bañarnos juntas en el río y hasta me hizo chistes. Fue muy extraño. Como si hubiese estado en otro tiempo, pues claramente a nadie se la pasa por la cabeza meterse al *Dagua* a bañarse con tanta tranquilidad por estos días.

-¿Y qué sentiste?- Pregunté atónito.

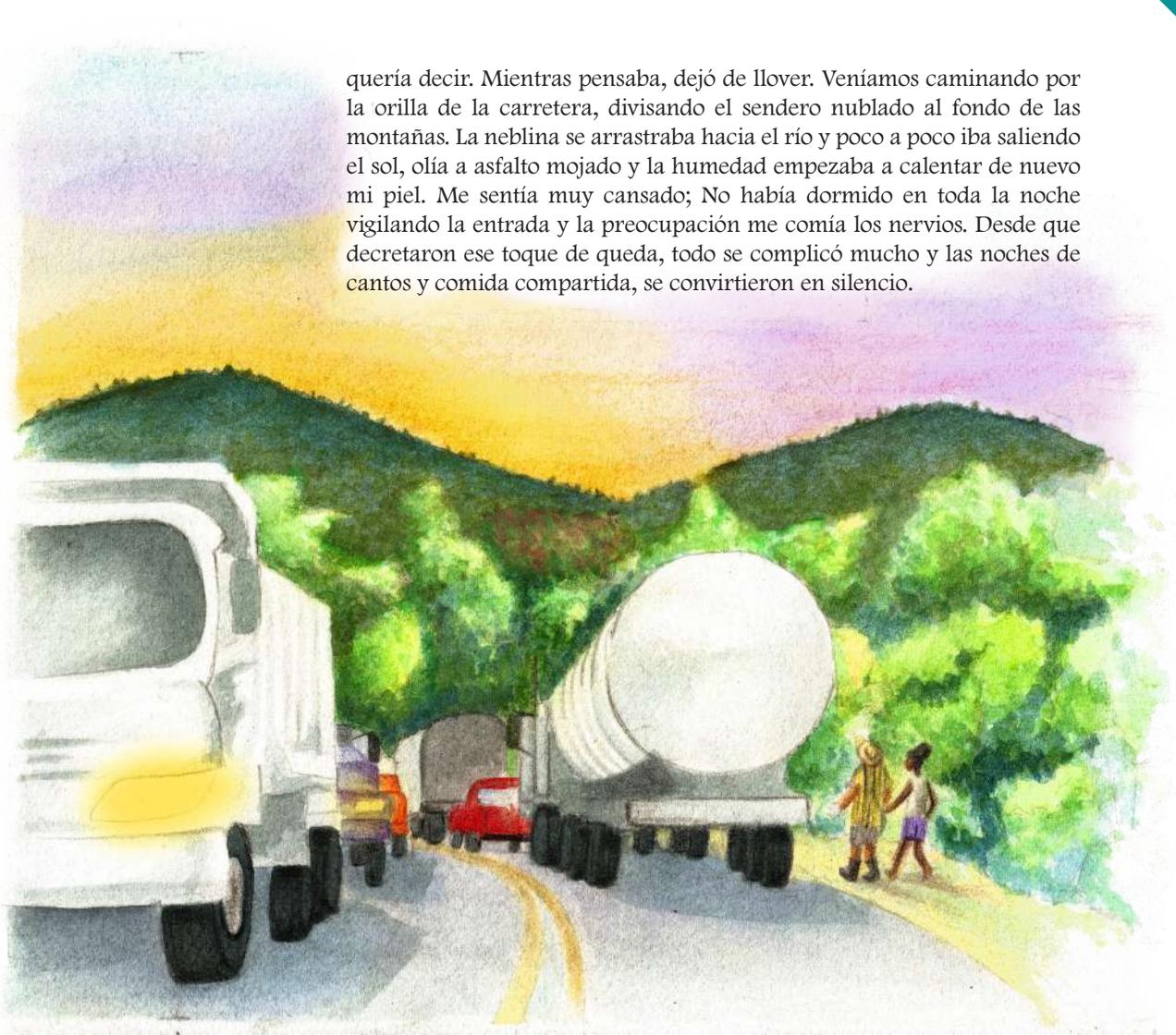
En ese momento recordé que siempre que hablo con el río siento que entro como un trance y me dejo llevar por la intuición. Y así es que lo escucho. Pero nunca me había ocurrido un episodio como el que Paola describía ahora. Me pareció increíble.

-Sentí ganas de quedarme a vivir en ese instante. Aquella mujer me recordó a una vieja profesora de Sociales que alguna vez nos dio clase. Cuando hablaba de la paz, decía siempre que no era posible conciliarla sin sanar el territorio.

“Cuando yo hablo del territorio, me refiero a la vida. A todas las formas de vida. Cuando hablo de guerra, me refiero al derecho a respirar que nos vulneran todo el tiempo” Decía sabiamente.- Dijo Paola con nostalgia en su voz.

Yo guardé silencio por un momento, esperando aclarar mejor lo que

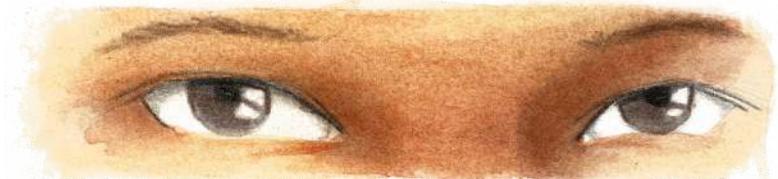
quería decir. Mientras pensaba, dejó de llover. Veníamos caminando por la orilla de la carretera, divisando el sendero nublado al fondo de las montañas. La neblina se arrastraba hacia el río y poco a poco iba saliendo el sol, olía a asfalto mojado y la humedad empezaba a calentar de nuevo mi piel. Me sentía muy cansado; No había dormido en toda la noche vigilando la entrada y la preocupación me comía los nervios. Desde que decretaron ese toque de queda, todo se complicó mucho y las noches de cantos y comida compartida, se convirtieron en silencio.



-Tal vez viste el futuro, Paola. A veces, la naturaleza nos muestra otros tiempos, o nos habla en lenguajes que no comprendemos muy bien. Aunque sean simples. La naturaleza en realidad es simple, y a veces lo simple es lo más complicado de entender. Las máquinas son complejas, pero rápidamente todos aprenden a usarlas y cargan con ellas a todo lado. Pero pocos comprenden el lenguaje de esta selva. Eso es muy curioso, pensé.

-En eso pensé. ¡Es una locura! ¿No crees?- exclamó casi gritando.

- Aunque se sintió tan real. Debe ser increíble habitar esos tiempos y ver al río vivo otra vez ¿Sabes Juan? Creo que nuestro futuro está en la vida de los ríos y quebradas, en liberar el agua de la contaminación causada por las mineras, los escombros de la carretera, la basura de la gente, el petróleo y los químicos que van al fondo del río. Estará en lo simple y en la buena comida cultivada en el patio de la casa, que es toda la montaña. ¡Eso sí que es buen vivir!- dijo ella y sonrió.



También yo me reí y asentí con la cabeza. -Ya que hablas de comida, deberíamos arrimar a algún lado a comer. Muero de hambre, Paola-comenté.

-Igual yo. Vamos a donde doña Horacia y entramos a la reserva. Hay algo que quiero mostrarte- dijo entusiasmada.

- Está bien - sonrei.

Conforme el sol iba asomándose, se divisaban las siluetas de los árboles sobre un fondo rosado que iluminaba tenuemente el camino con una tonalidad preciosa. Miré a Paola a los ojos y la encontré muy bella, igual que ese atardecer que se reflejaba en su piel negra.

Ella me sonrió y recordé cuando la conocí. Yo pasaba por en frente del lugar en el que ella ensayaba danza y la vi bailar. ¡Se veía deslumbrante! La vi sonreír mientras bailaba y recuerdo que la escuché decir: “Aquí hay lucha, ¡Pero también hay gozadera!”. Fue eso lo que me cautivó de ella, su energía, su ímpetu y la sensación de libertad que me transmitió desde que la vi; yo le puse más de 20 años, pero en realidad tenía 18, los mismos que yo. Es una mujer de caderas anchas, labios gruesos, pelo largo y trenzado, le gusta llevarlo siempre recogido, ojos negros, grandes y sonrientes. Es una mujer muy fuerte, una gran líder, sin duda.

-¿En tu tierra atardece así de lindo, Juan?- me preguntó Paola interrumpiendo sin saber lo que venía pensando para mis adentros.

-Igual de lindo. Sólo que allá lo vemos desde lo alto de las montañas. El Cauca es precioso, debes conocerlo. Las montañas son altas e imponentes, y el gran río serpentea entre ellas buscando su desembocadura. Allá la alegría de estar todos juntos es canto y es fuerza. Y los atardeceres son inolvidables, como los de aquí. Para mi este Valle es mi segunda casa, de eso no tengo duda- comenté.

-¿También hay un río entre montañas como aquí? ¡No lo sabía!- dijo ella emocionada.

-¡Claro! *El río Cauca*. Es enorme. En las noches de luna llena a veces hay destellos de luz sobre las montañas que alumbran el agua y dibujan la silueta de los árboles en lo alto.

¡Ay! Si los ríos pudieran hablar, contarían tantas historias como cualquier abuelo. ¿Te imaginas todos los que han pasado por sus aguas? - suspiré.

-¿Y qué suelen comer? - preguntó emocionada.

-Allá se ve mucho el maíz, con el que las mujeres preparan un montón de recetas, como la chicha o la sopa de maíz. Se come mucho frijol, sancocho y sopa de mote. También se ve el pescado, sobre todo la trucha. Es una cocina exquisita- contesté.

-Yo creo que la cocina es como un pedacito de selva. Uno se sumerge en ella y encuentra toda la variedad del bosque ¡Colores, sabores y olores por doquier! Por eso me gusta tanto. Desde pequeña, mi mamá y mi abuela me enseñaron toda clase de recetas. Como crecí con ambas, siempre aprendía de todo. A cocinar, a preparar la medicina con las plantas, a reconocer los árboles sólo por la forma de sus hojas, a sembrar y hasta a hacer viche y crema de viche, que son las bebidas tradicionales de mi pueblo. ¿Te había contado que mi abuela es una gran sabedora? De esas que ya no se encuentran por ahí- dije entusiasmada.

-No, no me habías contado. Mi abuela también lo es. Ella vive allá en el Cauca, pero siempre que la visito, aprendo algo nuevo. ¡Hace una chicha deliciosa! -comenté mientras se venía a mi mente el recuerdo de la mirada de la abuela. -Es una de las mujeres más sabias que conozco- le dije a Paola



-Nosotras las mujeres somos muy sabias. Y más las mujeres del campo, pero no le digas a nadie- comentó sonriendo, como si se tratara de un secreto.

-Sin nosotras, las comunidades no podrían subsistir, porque si no hay alguien que cuide la vida, mantenga las tradiciones de la cultura y conserve todos estos saberes como la cocina o la medicina ¿Qué pasaría con nosotros? La gente no se da cuenta y cree que eso se hace porque toca, o sólo por amor. ¡Pero no! ¡Eso es un trabajo duro, y también es una lucha! ¿O qué sería de la resistencia de los pueblos sin las mujeres? - añadió.

-Tienes razón- le dije mientras detallaba su mirada fija en el horizonte. Sin duda será una líder muy buena-, pensé.

-¡Por fin llegamos! Estoy muerta de hambre- dijo jadeando.

-¡Doña Horacia! ¿Cómo me le va?- sonrió mientras subía las escaleras de un pequeño restaurante cuya vista daba al río, que para ese momento ya estaba más manso.

-¡Paola! Tiempo sin verla. ¿Qué la trajo a *San Cipriano*? ¿Se va a meter a los charcos? -Preguntó ella sonriéndome.

Era una mujer de unos 50 años, más o menos, de baja estatura, tez negra, manos arrugadas por el sol, labios finos y unos ojos grandes que, al parecer, sólo achicaba la tristeza, y hoy era uno de esos días.

-Vine con Juan- respondió Paola presentándome - ¿No se conocían? - añadió ella.
-No que yo recuerde - comenté.

-Doña Horacia es amiga de la familia desde que yo era chiquita. De ella también he aprendido un montón de cosas, sobre todo de plantas medicinales. ¡Es una experta! En su azotea tiene una huerta con todas las yerbas medicinales de por aquí. Eso tiene albahaca, llantén, limoncillo, sábila, espíritu santo, rascadera, ruda, orégano y otras cositas como guayaba, tomate, pomarrosa, ñame, borajó, lulo, bananos y otros que ya ni recuerdo- dijo ella sonriendo.

-Ya me hizo dar pena, Paola. Tampoco es para tanto- Dijo doña Horacia sonriendo apenada. -Es cierto que tengo hartas cositas.

-Desde pequeña le cogí gusto a sembrar y de vez en cuando intercambio semillas con algunas vecinas, aunque cada vez son menos las que siembran y más las que van a comprar todo al mercado. Eso como ahora todo el mundo se va a minear, las huertas han quedado olvidadas.



Y los jóvenes, ¡Ja! Ya no quieren ni verlas, con el perdón de ustedes. Muchas costumbres se han ido perdiendo, sobre todo después de esa doble calzada que afectó tanto la vida de la gente- añadió.

-Ay Horacia, pero qué más hace la gente si a duras penas se consigue con qué comer. La mina es para muchos la única salida, no ve- Respondió Paola con un tono de tristeza y resignación en su voz.

-Pues sí, también es cierto. Pero mire, si nos pudiéramos juiciosos a cultivar, ya no habría que comprar tanta cosa en el mercado, y más bien, nos podríamos poner a pensar en algo para aprovechar toda esta selva que está llena de bellezas y hacer algo mejor para poder vivir bien.

Así como aquí en la Reserva, pero algo que fuera para la gente y que la gente misma administrara. Que le diera trabajo a todo el mundo. Mire, eso aquí viene mucho extranjero y pagan por meterse a esos charcos y por venir a ver animales que no están en ningún otro lado del mundo-

Pero si la gente no aprovecha eso y no crea algo que pueda darnos de comer y que cuide a la naturaleza al tiempo, la única opción termina siendo la mina. Y con esos huecos están dañando todo este territorio, dan ganas de llorar- suspiró. En fin, aquí está el almuercito; pescado recién cocinado, papas, patacón y arroz, y aquí está el caldito. Ojalá les guste muchachos-.

-Muchas gracias doña Horacia- comenté agradecido.

-¿Sabes Paola? Aunque extraño mi tierra, este lugar me encanta. La comida, la gente, el clima y el paisaje.

-Doña Horacia tiene razón. Tantas cosas que se pueden hacer en estas tierras tan ricas y le venimos a comer cuento al desarrollo. ¿Desarrollo para quién? ¿Para qué? Hay que preguntarnos eso entre todos, reunir a los viejos, a los jóvenes y a los niños y empezar a hacer las cosas de a dos. Porque cada uno por su lado, muy difícil. Mientras tanto, los señores vestidos de trajes vienen aquí bien juntitos a negociar con cada uno por aparte. Así el territorio sale perdiendo, y como decía tu profesora, *el territorio es la vida misma*-.

-A eso me refería cuando te dije esta mañana que no sabía cómo ser fuerte, Juan. ¡Hasta yo he tenido ganas de irme! Y me da mucha rabia conmigo misma. Pero hace mucho tiempo que la rabia se me hizo nudo en el pecho y todavía no aprendí a matarla. Me toca vivir con ella ahí, amarrada. Hasta que pueda encontrar una respuesta.

Aquí la respuesta la tenemos que encontrar entre todos, no puedes tú sola- le dije, poniendo mi mano en su hombro derecho. Ella cerró los ojos y suspiró.



-¿Sabes? Este lugar me gusta porque desde aquí es posible ver nuestras tres vías más importantes: el río, la doble calzada y el ferrocarril. Todas con dirección al gran puerto, el puerto sin comunidad- dijo con un tono de ironía.

¡Ja! Se les llena la boca hablando del desarrollo de *Buenaventura*, pero estas vías que pasan por nuestras casas han sido tan nuestras como el derecho a vivir en paz-.

Por algo la intervención de INVIAS con la doble calzada afectó tanto al territorio. Nuestras casas, nuestros patios, nuestras huertas, el trabajo y hasta el río salieron perdiendo con esa obra. De no haber sido porque estábamos organizados nos habrían dejado en la nada. Fue la consulta previa lo que nos permitió tener algo de voz ante esos falsos gigantes. Tenemos que recuperar nuestro derecho sobre estas vías, empezando por el río, requiere restablecer esa conexión profunda con la naturaleza, que no sé cuándo se rompió, o la rompieron, ya ni sé- **añadió con enojo.**

-¡Por eso, Paola! Desde la organización es que toca resistir, persistir y crear para defender la vida, o sea el territorio- comenté yo. -Ser lo que somos nos ha valido muchos destierros, Paola. Pero aun así, aquí estamos, y somos nosotros los que tenemos más energía para continuar lo que comenzaron los ancestros, ¿No crees? Si nos cogen organizados, no habrá más destierros. Y si nos unimos, podremos construir nuestro propio desarrollo - **añadí.**

-De acuerdo, pero... muchos ya no ven futuro en estas tierras, eso es una realidad. ¿Y cómo verlo cuando es tan oscuro como el progreso que nos vendieron para llenarlo todo de cemento? ¿Cómo hacer para que todos vean ese destello de luz y agüita limpia y tranquila que vi cuando estábamos en el río?-

-La clave es ver la riqueza, mirarla a los ojos y comprender que no es de papel- comenté.

Ella guardó silencio y se quedó pensando en mis palabras. Le pagó en silencio a doña Horacia y me hizo la señal de ir andando. Pero antes de bajar las escaleras, me percaté de unos ataditos de llantén que tenía doña Horacia sobre la barra, a la entrada de la cocina. Recordé que mi abuela hacía preparados con esa planta para heridas o infecciones., siempre me gustó su olor. Me acerqué a ella y le dije que si me regalaba un poquito.

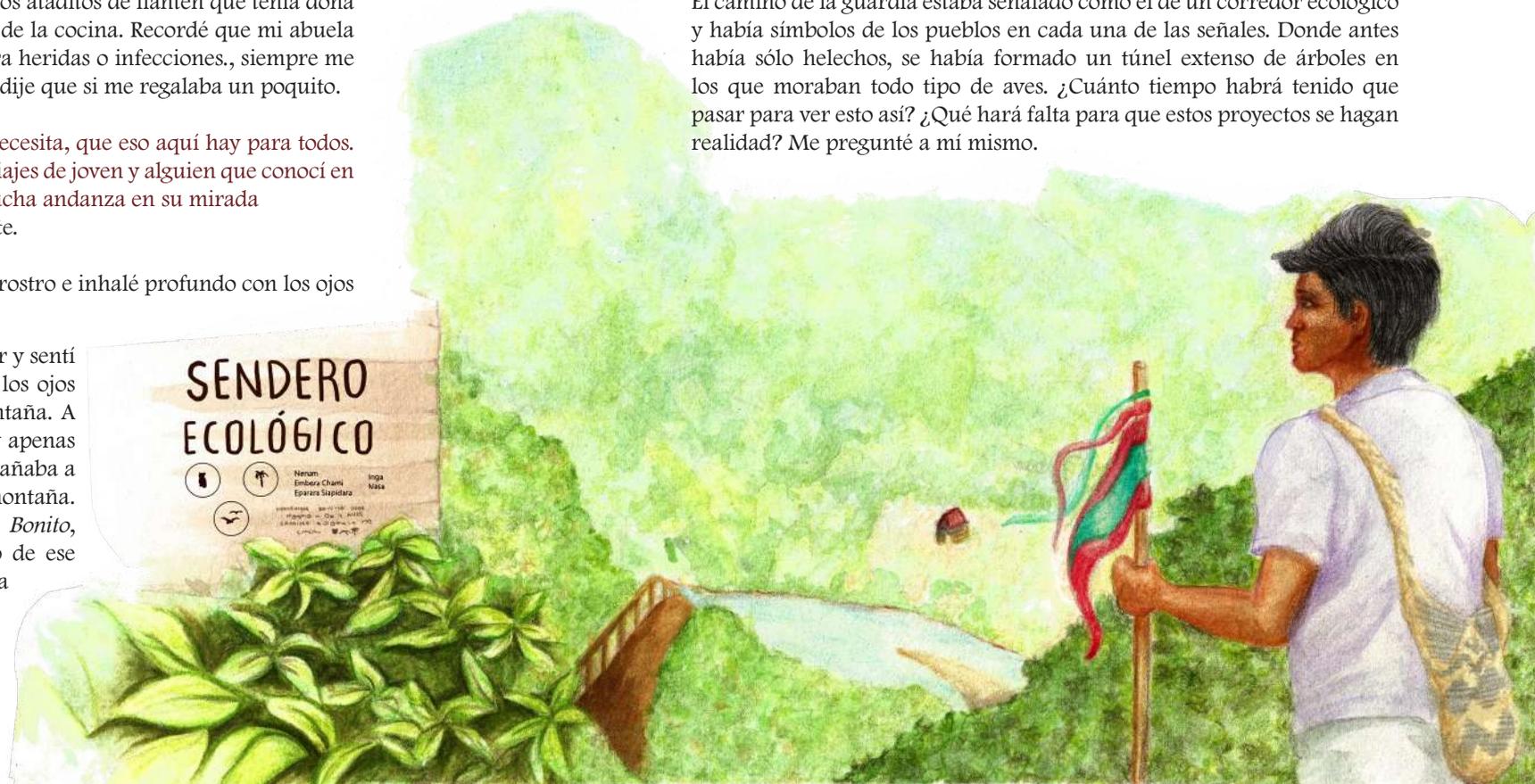
-Claro que sí, mijo. Coja lo que necesita, que eso aquí hay para todos. ¿Sabe? Usted me recuerda a mis viajes de joven y alguien que conocí en unas montañas caucanas. Hay mucha andanza en su mirada

-Me dijo ella mirandome fijamente.

Mientras tanto, me llevé las hojas al rostro e inhalé profundo con los ojos cerrados. Quería sentir su olor.

Dejé de escuchar todo a mi alrededor y sentí un viento muy frío en la piel. Abrí los ojos y estaba de pie en lo alto de la montaña. A la altura del filo estaban las nubes y apenas lograba divisar el paisaje que acompañaba a la carretera en la parte baja de la montaña. Supe de inmediato que era *Morro Bonito*, porque mi papá me había contado de ese lugar y lo había descrito tal como era

Sólo había algo que no reconocía a medida que fui caminando: señalizaciones que hablaban las especies que habitaban el lugar e historias indígenas en lengua nativa. Me sorprendió bastante, pero no perdí la calma en ningún momento. Sabía que estaba más conectado que nunca con este lugar, y por eso la naturaleza me empezaba a mostrar otras cosas. El camino de la guardia estaba señalado como el de un corredor ecológico y había símbolos de los pueblos en cada una de las señales. Donde antes había sólo helechos, se había formado un túnel extenso de árboles en los que moraban todo tipo de aves. ¿Cuánto tiempo habrá tenido que pasar para ver esto así? ¿Qué hará falta para que estos proyectos se hagan realidad? Me pregunté a mí mismo.



A lo lejos, vi la silueta de un hombre que llevaba un sombrero y de inmediato pensé en don José. Pronto se asomaron muchos a su lado, hombres y mujeres de los pueblos *Nonam*, *Inga*, *Embera* y *Eperara Siapidara*, todos habitantes de estas tierras. Llevaban la mochila al hombro, las botas y el bastón. Daban pasos fuertes y su mirada estaba fija en el horizonte, seguros de que el futuro de los pueblos estaba en los caminos recorridos por los ancestros. Que la memoria no sólo era recordar, sino también imaginar. Desde allá, a final del camino, levantaron empuñando el bastón y gritaron “¡Fuerza!”.

En ese momento cerré mis ojos y procuré guardar esa imagen para siempre. No quería que se borrara de mi memoria, pues sabía que como el río le había hablado a Paola, la montaña me estaba hablando a mí.

-El lenguaje de la montaña fue lo primero que conoció el hombre-
Escuché de repente en la voz de doña Horacia.

Me volteé y la vi hablándole a Juan, sosteniendo su rostro con ambas manos. Me pareció muy extraño, pues Horacia no era de esas mujeres que cogía confianza fácilmente con la gente. Al parecer había visto algo en Juan que le había llamado la atención.

-El canto de los árboles y el rugido del viento al rozar con las ramas fue la primera lengua que conocieron mis ancestros, y estoy segura de que fue el mismo lenguaje que aprendieron a hablar los suyos. Ahora usted también ha aprendido a escucharla- añadió ella con una sonrisa. Juan la abrazó y se despidieron de una forma muy cercana.

-Hasta luego, doña Horacia. Nos estamos viendo. Delicioso el almuerzo, como siempre- dije sonriendo.

- Me encantó conocerla- dijo Juan. -Tenga un buen día -

- Vayan con cuidado. La cosa está fea por estos días. No dejen que los alcance el toque de queda por ahí. Regresen a casa temprano- dijo ella con un tono de preocupación.

- Claro que sí. Cuidese usted también, muchas gracias por el almuerzo- Contesté, mientras bajaba dirigiéndome hacia el puente y cuando Juan me alcanzó, le pregunté intrigada - ¿Y qué tal te pareció doña Horacia? -

-Me sentí muy cercano a ella. Tuve una visión, similar a la tuya. Fue muy extraño - dijo él pensativo.

-¿En serio? ¿Qué viste? - respondí intrigada.

-Me vi en un lugar al que quiero llevarte. Hace parte de todo un corredor ecológico y lleva a un paraíso al que le llamamos *La Playa*, un clarito en medio del bosque al que llegan todo tipo de aves y donde tenemos una caseta a donde iban años atrás los integrantes de la guardia. El problema es que eso quedó abandonado por la guerra, subir se volvió peligroso y muchas fincas quedaron solas cuando la gente se vino a vivir por aquí abajo. En mi visión, yo estaba en el camino que va para *La Playa*, pero lucía diferente, como si le hubiese pasado el tiempo y hubiesen hecho de él un sendero ecoturístico. Había señales en lengua e indicaciones sobre las especies que había en el bosque. Fue como si la montaña me hubiera hablado. Y luego, doña Horacia me miró como si me conociera y me dijo que la montaña había sido el primer lenguaje de nuestros ancestros. Eso fue lo más raro. Como si ella lo supiera todo - comentó Juan.

-¿Y viste algo más?- pregunté, intuyendo que había algo que Juan aún no decía.

-Sí. Vi a uno de los abuelos del Cabildo al fondo del camino. Eso me pareció muy bello, estaba con el bastón de mando y me dijo ¡Fuerza!
- comentó Juan con los ojos enlagunados. Creo que el futuro está allá, Paola. En la palabra que han caminado los viejos con sabiduría y en los proyectos que nosotros los jóvenes añoramos y debemos empezar a construir acá, no en la selva de cemento, llena de promesas inconclusas- añadió animado.

Escuché a Juan con atención y me pareció curioso que su visión se haya conectado con un futuro relacionado con un posible proyecto turístico.

-Qué curioso - señalé. - Te traje aquí porque es el ejemplo más cercano de lo que han hecho en estas tierras con la riqueza de la biodiversidad. Sin embargo, no está muy valorado por los de aquí. ¡Pero yo siento que puede ser un gran proyecto para el futuro! Ven, te quiero llevar a un lugar que me gusta mucho- dije con entusiasmo.

Juan me siguió y se subió conmigo a la brujita.

-¿Sabes? Desde que vi esto por primera vez, llamó mucho mi atención. Jamás imaginé que algo así fuera posible- dijo con sorpresa refiriéndose al transporte que ahora nos acercaría al lugar al que nos dirigíamos.

-Es una locura, ¿no? Por donde pasaba un gran tren lleno de carbón hace unos cincuenta años, hoy andan unas motocicletas atadas a una tabla con sillas para transportar gente al interior de la reserva. ¿No te parece maravilloso? Es decir, yo creo que es genial que la gente se haya apropiado de unos rieles abandonados que se empezaban a comerse las plantas y lo hayan hecho una opción para el transporte. ¡Eso sí! No es lo más sostenible ambientalmente, pero... El rebusque de la gente exalta la creatividad en niveles increíbles.

Además, como te decía hace un rato, tenemos que buscar la manera de reapropiarnos de estas vías, y hacerlas nuestras, a nuestro modo. Para nuestro bien y para el cuidado de la naturaleza. Ese es el gran reto. Por eso me llamó la atención tu visión.

Conforme iba hablando, la brujita arrancó y sentí el viento acariciarme el rostro con más fuerza a medida que ganaba velocidad. Amaba esa sensación, tal vez como ninguna otra. Era lo más parecido a la libertad. Cerrar los ojos, tomar una bocanada de aire y abandonarse a lo invisible, confiando plenamente en ello. Soltar toda angustia por un par de segundos y disfrutar del olor a hierba que la humedad del bosque impregna en la piel. Siempre que vengo, aunque no vengo mucho, pienso en eso.



-¡Este lugar es precioso! ¿Conoces su historia, Paola?- preguntó él intrigado.

-La reserva natural de *San Cipriano* tiene una historia compleja, pues desde aquí se ha luchado de frente contra uno de los problemas más grandes de la región: la tala. Desde que Cartón Colombia llegó a estas tierras, la explotación del bosque se volvió un negocio, como luego lo sería la explotación del *Dagua* en *Zaragoza* después de que se descubrió esa mina de oro.

Antes de que empezara la fiebre del oro, mi mamá solía trabajar por allá vendiendo chontaduro, viche, crema de viche, arrechón, guarapo y cocadas que preparaba en la casa junto a mi abuela. Luego abrieron esos huecos para sacar el oro y la guerra se puso más brava que nunca, no solo contra nosotros sino contra el río. Lo dejaron lleno de huecos profundos y desviaron su cauce para sacar el oro. - dije entristecida.

-La madre tierra siempre ha sido un motivo de disputas que han acabado con cientos de vidas. ¡Es tan doloroso! - respondió Juan con los ojos aguados.

-Así es, Juan. Esas guerras disfrazadas de proyectos de desarrollo han arrasado con el bosque, el agua y la vida que habitaba en ellos. Primero fue el carbón, luego el petróleo, la madera, la caza y el oro. ¡Y aun así la vida sigue naciendo entre nosotros! Por eso es que no perdemos el aliento -suspiré.

En fin, te contaba lo de *San Cipriano*. Antes del gigante del Cartón, la madera sólo tenía un uso doméstico, y había un aprovechamiento racional de los recursos del territorio. Sin embargo, con su llegada la cultura maderera empezó a ser parte del diario de la gente, pues le dio sustento a muchas familias que se acostumbraron a ese modo de vida. Cuando se declaró zona de reserva en los 80, a la gente no le quedó absolutamente nada para el sustento diario, pues dependían de la tala y de las minas. Debió haber sido muy duro, les prohibieron de un momento a otro lo que habían hecho durante años y nadie les explicó bien por qué - le comenté mientras íbamos caminando, pues ya habíamos dejado la brujita.

-¿Y entonces? - preguntó Juan intrigado.

-En vista de que no se podía hacer ningún aprovechamiento minero ni maderero en la zona, la gente empezó a vivir del rebusque, como dicen. Y ahí fue que se dieron cuenta de que el turismo era una opción para todos. La comunidad conformó una cooperativa y a través suyo se organizó para fijar los precios y no competir entre si, de ese modo, todos ganaban. - comenté.

-¡Increíble! No conocía esa historia - dijo él sonriendo.

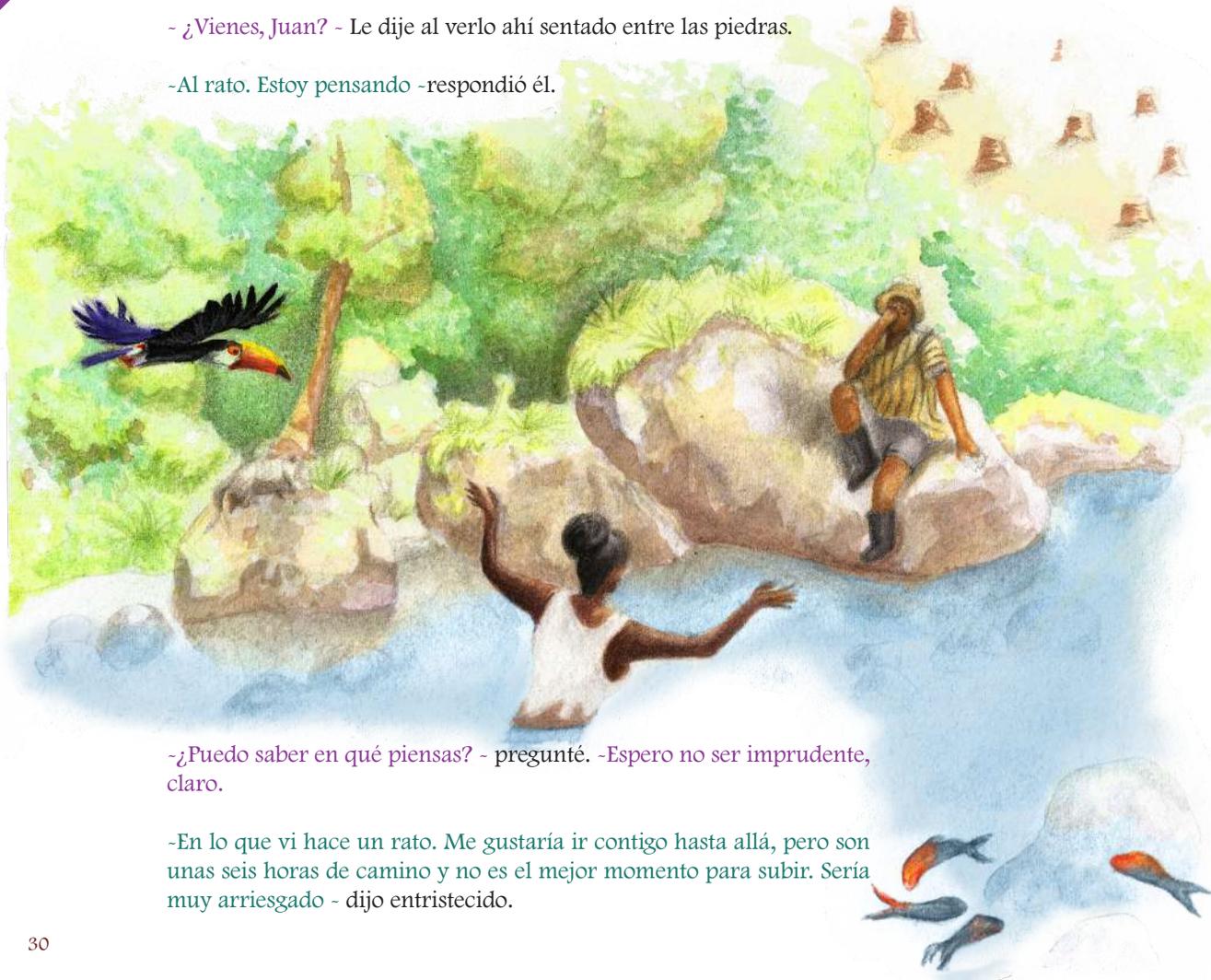
Caminamos hasta uno de los charcos más alejados y una vez allí, me zambullí en el agua como si no lo hubiera hecho nunca. Todos los fines de semana iba con mis amigos a la quebrada *La Delfina* y allá bailábamos, nos metíamos al agua y jugábamos cualquier cosa.

Cuando no estábamos allá, íbamos a *Cisneros*, donde había otro charco con el agua limpiecita y llena de peces diminutos. Como ahí cerca hay una cancha de fútbol, aprovechábamos para echar un partido y así pasábamos los días cuando no había que estudiar ni trabajar ¡Eso era mucha gozadera! No había que pedirle permiso a nadie para entrar al agua, nos sentíamos completamente libres de hacerlo. Nunca pusimos en cuestión el hecho de que el agua no tiene dueño. Pero tampoco nos pusimos las pilas para cuidarla, ese fue nuestro error.

Me sumergí pensando en ello y en todos los lugares que habían dejado de ser por causa del descuido, como las quebradas que se secaron, el cauce del río que desviaron las dragas, o las quebradas que la guerra nos arrebató y se volvieron espacios inseguros para todos, como aquella Sierpecita que ya no volvimos a visitar. Aquél agua mojaba todo mi cuerpo y parecía devolverme a tiempos que no había vivido antes, como la visión que ya había tenido.

- ¿Vienes, Juan? - Le dije al verlo ahí sentado entre las piedras.

-Al rato. Estoy pensando -respondió él.



-¿Puedo saber en qué piensas? - pregunté. -Espero no ser imprudente, claro.

-En lo que vi hace un rato. Me gustaría ir contigo hasta allá, pero son unas seis horas de camino y no es el mejor momento para subir. Sería muy arriesgado - dijo entristecido.

-¿Por qué es tan importante ese lugar para ti? - pregunté intrigada.

-No sólo para mí, sino para todo mi pueblo. Desde que empezaron a llegar las primeras familias indígenas desde el *Cauca*, huyendo de la guerra que allá también los azotaba, fueron esas tierras las que los recibieron con abundancia y tranquilidad. Y así fue durante mucho tiempo, hasta que la misma guerra nos bajó hacia acá y nos hizo abandonar nuevamente el hogar que habíamos construido. Allá arriba muchos aprendimos a cultivar como lo hacían los abuelos, siempre con la luna, pescábamos lo del diario con vara y atarraya, como algunos aún lo hacen, y con las plantas de monte mi mamá nos ombligaba, nos hacía preparados para la fiebre, y hasta nos purgaba cuando era necesario. Estoy seguro de que tu mamá también hacía lo mismo. He notado que muchas de nuestras tradiciones no difieren tanto como creí. Razón tenías tú al decir que nuestra historia es bien parecida - concluyó.

-Es cierto. Aunque, hay algo que no entiendo. ¿Ombligar? ¿A qué te refieres con eso? - pregunté.

-Verás, nuestros pueblos tienen la fuerza en el centro, y esta nace en el ombligo. Desde ahí, en el centro, parte la vida y se abre camino. Por esa razón cuando somos pequeños nos ombligan para marcar nuestro futuro. Las madres usan las plantas para el ritual, y hay quienes entierran el ombligo de los recién nacidos alrededor de la casa o en la huerta, cuando no en las orillas de los ríos. Eso es muy importante, pero la migración ha afectado un montón esa práctica, pues ya no es tan fácil hacerla si no se tienen a la mano las plantas ni la tierra para enterrar la placenta y el cordón umbilical luego del nacimiento. A mí me ombligaron, pero a mi hermano no se le pudo hacer porque nació en la ciudad, en una clínica - dijo con un tono de cansancio.

-Ahora entiendo por qué dicen que la tierra es sagrada, porque de allí viene la fuerza. Y eso es algo que la ciudad tal vez nunca pueda comprender. El territorio es sagrado porque sostiene la vida, y es la vida misma - comenté hablando para mí misma.



-Es por eso que, para nosotros, los sitios sagrados son los nacimientos de agua y las quebradas. Porque aquellas son las venas de la montaña, y el agua que baja corriendo es la sangre de la tierra. Aquella que decidimos ignorar como si fuera inagotable. ¡Es absurdo como nos estamos destruyendo a nosotros mismos! - exclamó con enfado.

-La memoria es algo extraña, Juan. Ahora que nuestra vida está en riesgo, recordamos el paso del tiempo y desarrollamos una extraña habilidad para ver el futuro. Recordamos en detalle escenarios y momentos que tal vez nunca determinamos lo suficiente, y aun así, quedaron grabados en nuestras memorias, como si siempre los hubiésemos llevado con nosotros y sólo hasta este momento hayamos hecho consciencia de ello. Tal vez es porque nuestro cuerpo recuerda, no sólo nuestra mente. Cada centímetro de la piel invoca el roce del pasto, la llovizna caliente sobre los brazos desnudos, el sol de medio día, el sonido de las bestias

andantes por la carretera, el olor del verano, de las frutas maduras y el sonido del agua chocando con las piedras. Es nuestro cuerpo el que recuerda cómo se sintió el paso del tiempo, y es también el cuerpo el que desea con locura que se sienta distinto el futuro. Y son esas memorias las que nos hacen ser quienes somos. Las memorias del destierro, pero también las de las luchas, las resistencias y las formas que ustedes y nosotros hemos encontrado para organizarnos y hacerle frente a la muerte-

De un momento a otro me sentí tan cansada, que empecé a pensar que mi cuerpo pesaba más de lo normal y acabaría por hundirse allí mismo. Así que salí del agua y le sugerí a Juan que volviéramos. Ya empezaba a anochecer y era mejor estar en casa antes de que el toque de queda comenzara.

- Es mejor que vayamos ya, ¿no crees? - sugerí.

-Así es. Estaba por decirte lo mismo, pero no quise interrumpirte. Lo que dices es muy bello, y mientras te escuchaba, pensaba en todos los recuerdos que esta piel morena ha vivido. No me imagino la de mis padres y la de mis abuelos- dijo con risas entre los ojos.

Pude notar que él también estaba cansado, así que lo tomé de la mano y empezamos a caminar. Depronto, recordé las clases de baile a las que solía asistir hace unos meses. Jamás había disfrutado tanto del baile como en aquella época. Venían algunos profesores y nos enseñaban varios ritmos. Íbamos a *Buenaventura* a concursar y conocíamos mucha gente.

Era una forma muy buena y sana de mantenernos unidos entre jóvenes. Aún me pregunto por qué habrán dejado de darlas. Tal vez se acabó el dinero para pagarle al profesor. O... quién sabe. Prefería no especular.

Lo que sí era cierto es que nadie nos había explicado bien lo que había ocurrido. A veces a los jóvenes no nos tienen mucho en cuenta. Yo creo que subestiman mucho nuestro poder transformador, y por eso a veces hasta omiten explicaciones que para nosotros son necesarias. A mí, por ejemplo, con las clases de baile se me fueron un par de sueños, y nunca entendí ni siquiera por qué acabaron.

En ese momento apreté tan fuerte la mano de Juan, que por un momento sentí que me fundía entera entre su piel. Me sentí sola y me abandoné a la idea de que la única persona que podría darme fuerza en aquel tiempo era él. Él y su compañía.

¿Será que podré volver a bailar? - dijo con una tristeza que no le conocía hasta entonces, mientras me apretaba muy fuerte la mano.

-Extraño las clases de danza, Juan. Extraño las risas, los cantos y la recocha de esos tiempos. ¿Sabes? Nunca había sentido que era tan buena en algo. Lo disfruté como nunca. Soñaba con dar clases, conformar un grupo con todos los que quisieran bailar aquí en *La Delfina* y viajar por toda la región mostrando los bailes y la riqueza de estas tierras con el pretexto de concursar. Sentía que era una forma bonita de animar a los jóvenes a participar en algo, pues muchas veces no se nos convoca para mucho. Además, te diré algo Juan. Y tú tal vez pienses que estoy loca. Pero yo creo que no lo estoy - dijo Paola con una sonrisa de picardía.

-No creo que estés loca, pero anda, dime qué es lo que piensas - le dije yo, intentando animarla.

-Yo creo que la lucha de nuestras comunidades por la defensa del territorio puede fracasar si los jóvenes no participamos activamente en

ella. Y seamos sinceros, muchos jóvenes no comprenden los lenguajes que hombres y mujeres tenían antes para luchar, o simplemente, no les importa, aunque haya muchos a quienes sí, por supuesto. Así que... la verdad, creo que el baile es una forma muy interesante y muy política también para vincular a los jóvenes de *La Delfina* en algo que los haga reconectar de nuevo con el territorio, es decir con la vida. Con la vida del campo, de los ríos, las montañas y las aves. La música es muy poderosa, Juan. Igual que el fútbol. ¿O no has notado todas las emociones que despiertan? Yo me imagino un grupo de danzas tradicionales interétnicas de *La Delfina* recorriendo toda la región y todo el país para hacerle conocer a la gente que existimos, que permanecemos unidos, que tenemos unas problemáticas y que queremos dejar de sobrevivir para vivir, y vivir bien. ¿Es eso muy loco Juan? ¡Dime la verdad! - preguntó ella entusiasmada.

Para ese entonces ya habíamos llegado a la doble calzada y había un trancón interminable de mulas por la vía. Tal vez había habido algún retén, o algún accidente. A juzgar por el sol, ya no faltaba mucho para que empezara el toque de queda, habría que darnos prisa. Aunque me preocupaba no alcanzar a llegar, intentaba darle una respuesta a Paola, pero la preocupación por el tiempo y la distancia a la que se encontraba el lugar en el que nos estábamos refugiando, me ganaba en ese momento.

-Yo creo que no estás loca, y la verdad podría ser una idea muy interesante. ¡Por qué no convocas a los chicos del colegio a ver quién se anima! Vayamos mañana a tu colegio y al mío y preguntamos. Hablamos con los mayores y le damos rienda suelta a tu idea. Además, eres una excelente bailarina, y ahora que ha vuelto la guerra, tal vez sea momento de emprender estrategias que no nos pongan mucho en riesgo pero que nos mantengan unidos y no nos detengan. ¿Qué dices? - le pregunté mirándola a los ojos.

-¿En serio? ¿Harías eso conmigo? - respondió ella mientras una sonrisa gigante se le dibujaba en todo el rostro.

-¡Claro que sí! No se diga más. Iremos mañana al colegio y hablaremos en el Cabildo y el Consejo Comunitario. Contar con su apoyo es fundamental. Por ahora, creo que debemos darnos prisa para alcanzar a llegar antes de que anochezca. No quiero que nos ocurra lo de anoche.

- De acuerdo. Vamos rápido - dijo ella mientras agilizaba el paso.

Llegamos a tiempo para el comienzo del toque. En el camino, logramos ver cómo la luna se avistaba entre las montañas y delineaba las siluetas de los árboles en lo más alto de los filos. Cuando estuvimos adentro, cerramos todas las cortinas, echamos seguro y nos acostamos a dormir. Tratar de conciliar el sueño en medio de la incertidumbre era complejo, pero teníamos que intentarlo. No podía dejar de pensar en aquellos estruendos que iluminaron la noche anterior y despertaron a todos. Estuvimos a punto de correr al colegio para refugiarnos allí, como había hecho la gente la última vez que algo similar ocurrió. Pero decidimos quedarnos aquí para no exponernos al salir.

Poco a poco fui sintiendo sueño y fui entrando en un trance profundo que me transmitió absoluta paz. Cerré los ojos y lo vi todo verde. Luego escuché el sonido del agua contra las piedras y me dejé ir. Entré en un túnel tupido de ramas cuyo camino de herradura hacía campo sólo para una persona. Adentro, había infinitas tonalidades de verde que cubrían la luz del sol. Todo estaba húmedo y se escuchaban goteos intermitentes de hojas enormes que recibían el agua de los árboles más altos. Mis pasos sonaban encharcados y el croar de las ranas creaba una melodía en medio de aquel bosque. Entre los árboles, merodeaban tatabros, guaguas, armadillos, guatines y ardillas, animales que ya no solían verse monte

abajo porque temían ser cazados. Conforme iba caminando, el sonido de una corriente de agua se hizo más fuerte, por lo que agilicé mi caminar y descubrí que allí estaba La Víbora. Recordé que mi padre me solía decir que antes bajaba con mucha más fuerza, pero la carretera había mermado su tramo. Y aunque sus aguas estaban en disputa para ser privatizadas, aún fluía cristalina y libre montaña abajo.

Inesperadamente, escuché un susurro: - Juan, ¿Es este el lugar al que te referías? - dijo Paola mientras enredaba su mano con la mía. Yo asentí con la cabeza. - Muéstrame - susurró.

Si estábamos juntos era porque definitivamente era una visión compartida, o porque nos habíamos encontrado en medio de un sueño, lo cual hacía todo más mágico.

- ¡Este lugar es maravilloso! Nunca había visto algo así, Juan. Tanta alegría no me cabe ni en mil suspiros - dijo ella susurrando, pues no quería ahuyentar a ninguno de esos animales.

La miré sonriendo y ella me apretó más fuerte la mano y me invitó a pasar la quebrada para luego llegar a un claro enorme, en cuyo centro se encontraba una casa que parecía estar abandonada. Desde lo alto, todo se veía tan inmenso, que nos sentíamos diminutos. No podía creer que estuviera en *La Playa* con Paola.

Allí adentro, parecía que el bosque se hubiese dispuesto para crear un refugio a cielo abierto, un lugar perfecto para el avistamiento de aves en pleno atardecer. Los árboles más altos, como palmas tenían el tronco delgado, y otros más bajos eran gruesos y con hojas enormes. Delineaban entre ellos un círculo casi perfecto.

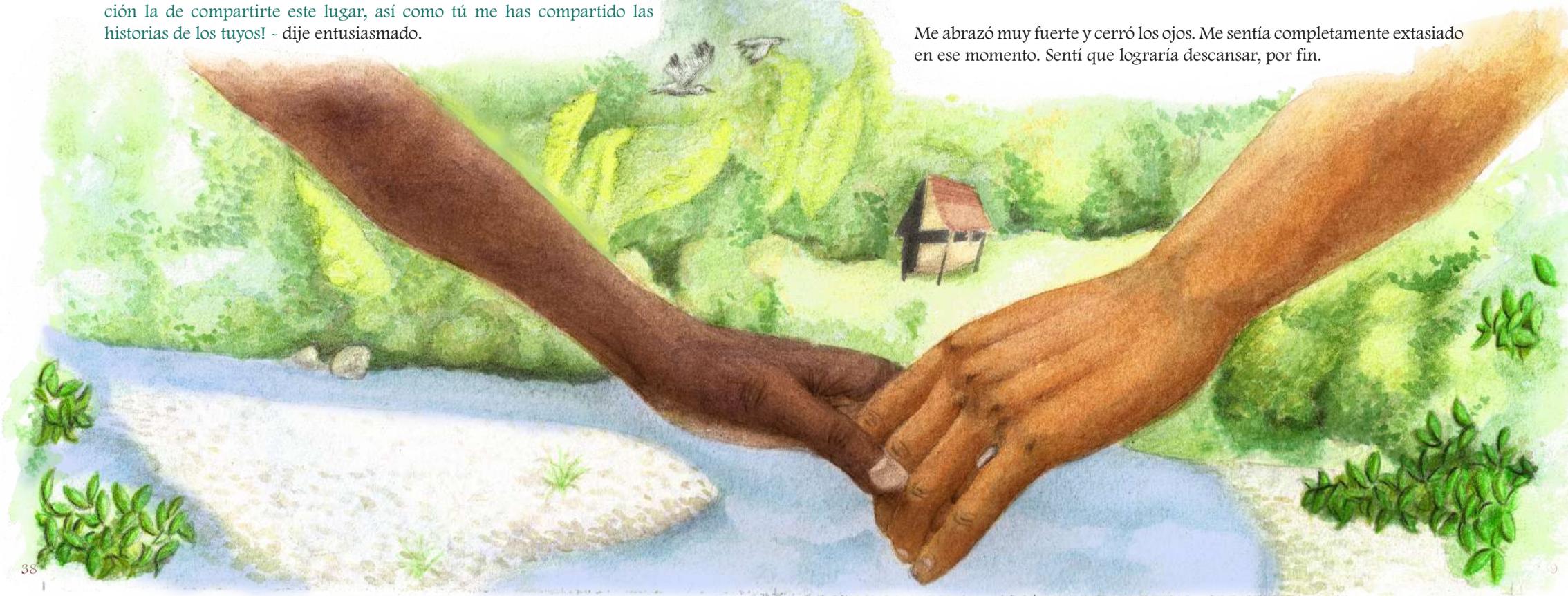
-¿Sabes, Paola? La fuerza de nuestros pueblos se ha concentrado entre estas montañas durante muchos años, hasta que fue muy difícil seguir subiendo por los peligros que albergaron los caminos durante mucho tiempo, e incluso ahora mismo. Desde aquí, con música, danza y comida, la guardia entonaba cantos por la tierra. ¡Lucharemos para que vuelvan a venir y este sea un lugar de encuentros sagrados! ¡Qué agradable sensación la de compartirte este lugar, así como tú me has compartido las historias de los tuyos! - dije entusiasmado.

- Es muy bello. ¿Me trajiste conscientemente en tu sueño? Anda, confíesamelo - comentó ella riendo.

-No, te lo prometo. Lo que creo es que ambos tenemos una facultad de movernos en el espacio y el tiempo que me resulta profundamente intrigante. Tal vez hemos aprendido a escuchar, por fin - dije yo.

- Tal vez - repuso.

Me abrazó muy fuerte y cerró los ojos. Me sentía completamente extasiado en ese momento. Sentí que lograría descansar, por fin.



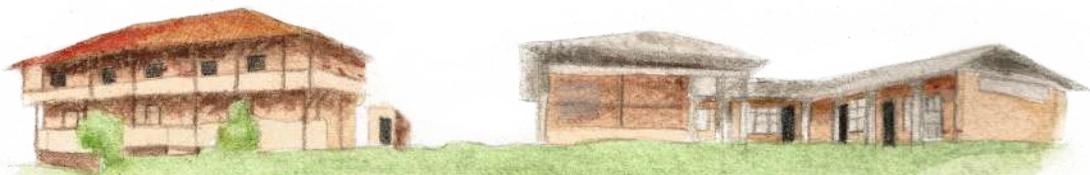
-Paola, despierta. Es hora de ir al colegio. Debemos saber qué está pasando y hablar con los mayores. Y luego, contarles de tu idea. Anda, despierta- dijo Juan con voz pasiva.

- ¡Presiento que es uno de esos días que cambian la historia, Juan! - dije mientras abría los ojos.

- Esperemos que sí, ojalá - sonrió él con timidez.

Nos alistamos rápidamente y empezamos a caminar hacia el colegio.

- ¿Sabes? Para mí el colegio es un lugar muy importante porque estudiar fue la primera lucha que mis abuelos y mis padres libraron en estas tierras. Y casi que les cuesta la vida. En ese tiempo, habitábamos esas montañas y llegar al colegio era toda una travesía. ¡Cinco horas para llegar! ¿Te imaginas? Por eso este colegio es tanpreciado, porque viene de una historia de resistencia, pero también de persistencia, de imaginación y de esperanza. Esto no hubiera sido posible sin el trabajo comunitario y sin la voluntad de todas y de todos- Me contó Juan mientras caminábamos.



Mientras lo escuchaba, yo pensaba en el mi colegio, en las paredes que me habían visto crecer, en la luz que entraba a medias por las ventanas y en las luchas que debíamos dar por una educación en mejores condiciones. Tal vez por eso siempre había querido ser profesora. La diferencia es que después de estos días yo quería ser profesora para trabajar por mi región, no para irme a echar raíces al cemento.

En ese momento, sentí como las palabras de Juan palpitaban al ritmo del aire y hacían eco en mi memoria. Pensé que el mayor reto era recuperar el valor de lo propio en nuestras clases, hacer memoria para reconocer el territorio en el que vivimos y darles un nuevo significado a las tradiciones en nuestra vida actual, para que todos pudiéramos apropiarnos de esos conocimientos.

-¡Mira! Allá están todos reunidos. Deben estar hablando de lo que está pasando - dijo señalando hacia la cancha.

Allí los integrantes del Cabildo Indígena y del Consejo Comunitario estaban sentados charlando en una mesa redonda. Nos acercamos lo necesario para escuchar qué estaban diciendo y pusimos suficiente atención.

-Todos soñamos distinto, ¿No es así? Pero todos queremos lo mejor para este territorio. Y coincidimos en que lo mejor implica defenderlo y cuidarlo, cuidándonos también entre nosotros- dijo don Luis, uno de los integrantes del Consejo Comunitario, que también hacía parte de la Junta de Acción Comunal.

-¿Pero cómo lo haremos? - señaló don José, uno de los miembros más antiguos del cabildo. - Desde 1998 que estamos organizados como Cabildo no hemos perdido de vista cuál es el objetivo de la organización, y creo que ustedes tampoco. El problema ha sido unirnos. Yo estoy

muy preocupado como adulto y como anciano que soy porque estamos descuidando la lucha por la defensa del territorio, ahí es donde está la importancia del presente y del futuro. ¿Qué irá a pasar en el futuro?

- Para el futuro, debemos organizar nuestras prioridades. Y debemos encontrarnos en lo común. Nosotros somos los que sostenemos estas tierras, pero ya estamos viejos. Aceptémoslo. Los jóvenes tienen que participar, o si no, se nos va a venir el tiempo encima y habremos fracasado- dijo la gobernadora del cabildo.

Decidí acercarme y pedir la palabra para intervenir. Sabía que estaba ante un momento histórico y no podía callar. No me importaba mi color de piel, ya había dejado de pensar en ello durante las últimas horas. Pensaba en mi vida, en la vida de los míos y en la vida de todos los hombres y mujeres que habían sostenido esta tierra hasta ahora. Pensaba en Juan y pensaba en la fuerza.

-Con el permiso de todos ustedes. Mucho gusto para los que no me conocen. Mi nombre es Paola Dagua, tengo 18 años y siempre he soñado con ser profesora.

Hace muy poco descubrí que amo bailar. Amaría ser madre, aunque perdí a mi hermano menor en la guerra, me enamoré de un hombre muy distinto a mí y a la cultura en la que crecí, pero con la misma historia de despojo y las mismas ganas de luchar por este pueblo que respira a tientas mientras nos dejan vivir aunque quiera ser madre y esté enamorada, alzo mi voz como una mujer que sueña muy lejos, una mujer que sueña con defender todas las formas de vida y hacer del pasado el camino que guíe este futuro conjunto.



Sueño con ríos vivos, sueño la autonomía de cultivar lo que comemos, sueño con un trabajo digno para todos nosotros, con un proyecto de vida viable sin tener que migrar a las ciudades a buscar las oportunidades que aquí son utopías.

Sueño con una educación con enfoque étnico que se construya de la mano a los jóvenes y que le haga frente a esta política del despojo que nos vuelve a colonizar para abrirle paso al cemento y al turismo sin comunidades, como el gran puerto del que no vemos un peso, aunque esté a menos de una hora de aquí ¿O cuántos de esos proyectos turísticos son de nosotros? ¡Ninguno!

Sueño con nuevas formas de lucha que nos tengan en cuenta a los jóvenes, que hablen en nuestros lenguajes y se alimenten de nuestros sueños.

Sueño con que hoy, por fin, logremos construir desde la diferencia, porque es en la diferencia que reconocemos nuestra riqueza. Sueño con aprender de los indígenas y escuchar a sus sabios. Sueño con que las abuelas y abuelos de mi pueblo se sienten aquí también a enseñar, y que la palabra sea nuestro primer tejido.

Sueño con jóvenes con espíritus guerreros: en las calles, en las clases y en las casas. Pero no para continuar esta guerra que ya ha atentado contra todas las formas de vida que conocemos, sino para transformar, contener y defender. Sueño con dejar de huir, porque esta es nuestra casa, y estoy segura de que es mucho más grande que la de todos esos hombres en trajes elegantes que nos persiguen.

Sueño con que las huellas que dejemos a partir de hoy sean más profundas que esos socavones que alguna vez se cavaron para sacar el oro.

Sueño con una historia en la que actuemos como un rostro colectivo, con una memoria que sea futuro y que sirva para organizarnos.

Sin duda, vivir con el bosque supone un reto para una generación con ansias de desarrollo pintado de gris. Pero no podemos olvidarnos que hacemos parte de la biodiversidad de esta selva, y este es nuestro mayor tesoro- .

La escuché desde donde estaba y la admiré en secreto. Sabía que después de este momento, nada volvería a ser igual, pues no lo permitiríamos. Sabía que nuestras visiones no fueron fantasías, sino profecías de lo que se vendría si despertábamos ahora. Sabía que iba a ser difícil, pero que valía la vida entera, y ahora estaba en nuestras manos. Sabía también que la puerta estaba en nuestros pies. Sólo tenemos que salir a caminar, y eso es lo que haríamos.



El Lenguaje de un Río entre Montañas

1. ¿Cuál es el rol de los jóvenes en la historia? ¿Por qué son importantes?

2. ¿Qué es ficción y qué es realidad en esta historia? ¿Qué te gustaría que fuera ficción y qué realidad?

3. ¿Quién aparece en todas las historias? ¿Qué representa?

4. ¿Cómo se relaciona el final de esta historia con el presente de tu territorio?

5. ¿Cómo continuarías esta historia con tus amigos en tu territorio?

6. ¿Cuáles elementos de tu cultura encuentras en la historia? y ¿Cuál es su importancia en la historia?

7. ¿Qué papel tiene la visión colectiva e intercultural del territorio en la historia? y ¿Cómo se relaciona con la memoria?

Agradecemos a los y las estudiantes de la Institución Educativa Francisco Javier Cisneros y la Institución Educativa Técnico Agropecuaria Nachasin así como a los y las docentes, líderes, lideresas, padres y madres de familia de las comunidades que hicieron posible la reconstrucción de la memoria ambiental de sus territorios, por compartir sus voces, sentimientos y recuerdos. Al Consejo Comunitario de Alto y Medio Río Dagua y el Resguardo Indígena Nasa Embera Chami. A María Camila Mantilla, Carolina Meneses y Paula Carvajal, asesoras regionales del Servicio Jesuita a Refugiados por su acompañamiento y aportes en todo el proceso.



TEJEDORES
DE VIDA

*Una apuesta de educación para la paz y la
reconciliación desde las nuevas generaciones.*